

Más allá de la ‘polis’: el truncado viaje postmetafísico de Enrique Gómez Arboleya

José Enrique RODRÍGUEZ IBÁÑEZ
UCM
jeri@cps.ucm.es

Beyond ‘Polis’: Enrique Gómez Arboleya’s Postmetaphysical Truncated Journey

Referencia normalizada

Rodríguez Ibáñez, J.E. (2016): “Más allá de la ‘polis’: el truncado viaje postmetafísico de Enrique Gómez Arboleya”, *Política y Sociedad*, 53 (3), pp. 683-687.

Permítaseme que añada una coda al ensayo seminal de Arboleya motivo de homenaje de este número monográfico dedicado al Saber Social de los griegos antiguos. Y no por otra razón que la enorme importancia que para mi gusto cobra su figura como garante de la continuidad de la sociología académica española tras la Guerra Civil (ello, además, dentro de una actitud abierta hacia los colegas forzosamente exilados como Francisco Ayala, José Medina Echavarría y Luis Recaséns Siches)¹.

La idea central del autor es que “el saber social de los helenos” hizo avanzar el pensamiento sobre la sociedad pero no anticipó una genuina ciencia de la sociedad. La razón que arguye para este juicio es que, en su opinión, la filosofía griega unificó metafísicamente la ‘physis’, el ‘nomos’ y la ‘polis’, creando un ente totalizador que centraba el objeto de estudio social pero imposibilitaba su enfoque analítico.

Se trataría, pues, de aplicar a la poderosa propuesta griega un correctivo postmetafísico que permitiera deslindar los ámbitos de lo normativo, lo científico-experimental y lo científico-social, sin perder por supuesto la visión de conjunto aunque, igualmente, sin mezclar los campos de estudio ni las estrategias disciplinares.

¹Para todo lo relativo al contexto histórico, evolución intelectual y detalle de la obra de Arboleya, me remito a mi edición de su “Obra póstuma” (Madrid, CIS, 2008), con presentación a mi cargo y estudio introductorio de Pedro José Mesas de Román.

Toda la larga historia intelectual de la razón de Occidente ha ido desarrollando precisamente ese programa, siglo tras siglo. Y también ese programa pudiéramos decir que constituye una suerte de hilo conductor de la propia peripecia vital de Enrique Gómez Arboleya.

En efecto, el autor se formó como jurista, si bien sus simpatías, máxime tras su estancia formativa en Berlín, se orientaron hacia el Derecho Político o, mejor dicho, hacia la ciencia política y la sociología. De vuelta en España, el estallido de la Guerra Civil y las necesidades de subsistencia le obligaron a derivar profesionalmente hacia la filosofía del derecho. No obstante, transcurrida esta etapa de “purificación doctrinal” de cara al nuevo régimen de Franco, abrazó decididamente la causa de la sociología, ocupando en la Universidad de Madrid (entonces no se llamaba Complutense) una cátedra de esa materia en la recién creada Facultad de Ciencias Políticas y Económicas²

Tras todas estas idas y venidas se agazapaba, como ‘leit-motiv’, la perentoria, pero a la vez problemática necesidad de librarse del lastre metafísico. No se trataba de una tarea fácil. Arboleya, desde luego, era partidario de una sociología bien cimentada teóricamente y, al mismo tiempo, volcada hacia el desarrollo empírico de su cuerpo de hipótesis. Sin embargo no terminaba de hallar el nexo que le permitiera sortear el hiato formado por los polos o extremos que Wright Mills popularizó con acierto como “Gran Teoría” y “empirismo abstracto”.

Las dudas se agravaban fundamentalmente por dos factores: por un lado, la influencia y estrecha colaboración que Arboleya mantuvo con Xavier Zubiri. Y, por otro, el repudio que sentía hacia la excesiva absolutización categórica de las clases sociales por parte de un marxismo entonces identificado con la retórica de uno de los bloques antagónicos de la Guerra Fría.

La simpatía por la visión cosmovitalista de Zubiri llevaba a nuestro autor a posiciones de signo personalista o comunitario ancladas en el idealismo. Simultáneamente, su progresiva familiarización con la sociología anglosajona le hacía orientarse hacia un modelo de análisis de la estructura social multivariable y de base estadística.

Durante bastante tiempo, la obsesión por la delimitación conceptual de los grupos sociales y la misma defensa de esta noción de grupo como respuesta gradacional a los excesos del individualismo y el colectivismo, pareció erigirse en solución convincente de la ambivalencia que hace un momento recordábamos. Véase, por ejemplo, el siguiente fragmento de su Memoria de Cátedra, en el que el primitivo regusto neo-heideggeriano de trascendentalización del ‘nosotros’, acorde con el poso idealista ya mencionado, da paso a una concepción más estructural (o aun anticipadora de la teoría de los campos de Bourdieu si forzamos un poco las cosas):

²Hasta entonces, solo dos profesores habían ocupado cátedras de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid: Manuel Sales y Ferré y Severino Aznar. A este elenco se sumó más tarde José Luis López Aranguren, al pasar a desempeñar una cátedra de Ética y Sociología en la misma Facultad últimamente citada.

“La pluralidad de los grupos no debe pensarse como una pluralidad de términos aislados que coexistan unos al lado de otros. Como hemos rechazado el pensamiento mecánico para explicarnos la unión entre los hombres, lo rechazamos para aclarar la coexistencia de los grupos. La estructura de un grupo es siempre parte de una estructura más general en donde los grupos interfieren entre sí. Por esto el grupo familiar depende de los económicos y estos de los políticos y a la inversa. La vida humana común es un complejo de grupos que mutuamente se coactúan. Forma parte de una estructura peculiar que se realiza históricamente en una forma que, como tal, es irrepetible. La razón es fácil de comprender. La sociabilidad es una realidad humana, si se quiere una potencia humana. Solo por ella hay grupos. Pero como toda potencia, el hombre no solo la tiene sino que usa de ella. En cada momento, pues, dicha potencia está actualizada de distinto modo. El hombre ha actualizado su *potentia societatis* en una serie de grupos que toman peculiaridades históricas en su forma singular y en su dependencia mutua. A lo largo del tiempo el hombre va usando de su potencia en forma que aparecen nuevos grupos y que ellos modifican en cierto modo la peculiaridad de los existentes y de la estructura total. El hombre a lo largo de su historia no solo iba constituyendo nuevos grupos sino abriendo y cerrando el campo de su vida social. El campo social estaba siempre presente en una determinada forma ante los ojos del hombre, limitando su horizonte y determinando la estructura de sus componentes. Este campo podría destacar ante los ojos del hombre un determinado grupo, tal grupo político o religioso, como el que cierra todo su horizonte y fuera del cual solo muy vagamente puede hablarse de vida social y de conciencia de tal vida. La realidad social no es un campo continuo sino un campo discreto” (Gómez Arboleya, 2008: 14).

En otro de sus pasajes póstumos, Arboleya esboza una visión postindustrial de la sociedad euroamericana de los años cincuenta del siglo XX, no muy lejana de los análisis de Dahrendorf de esa misma época:

“La técnica actúa como un elemento. El fenómeno de racionalización de la vida y de liberación del hombre da origen a una peculiar transformación de los campos económicos. Se manifiesta en la agricultura y en la industria. En la agricultura elevación del nivel de vida del campo, tecnificación de éste y elevación de la producción y, a la par, especialización de la producción. En la industria sucede un fenómeno análogo y acontece la misma necesidad de mejorar los costes de producción y de colocación de los productos. Esto motiva la aparición de lo que los economistas han llamado las actividades terciarias. Por actividades terciarias se conocen aquellas que son el resultado ya de la circulación de productos del productor al consumidor (transportes, distribución y comercio), ya de crear técnicas administrativas, industriales o agrícolas (organizadores, directores, agentes de propaganda), ya de preparar al hombre para la producción material de ciertos productos (educaciones técnicas). Con ello se produce una burocratización del campo económico” (Gómez Arboleya, 2008: 622).

Sin embargo no es en esta dirección en la que el autor trató de solucionar definitivamente su ansia post-metafísica. La solución me atrevería a decir que la encontró en la ecología humana, de la mano de autores como el entonces emergente Amos Hawley. Esta

preferencia ecológica es la que domina la nueva versión de su Memoria de Cátedra que con toda seguridad Arboleya estaba preparando para su publicación en los meses previos a su fallecimiento.

En efecto, en la revisión de la Memoria (1958-59) el autor se aleja de una noción de la grupalidad derivada *prima facie* de la intersubjetividad del “nosotros” para abrazar una lectura ecologista, muy atenta al papel moldeador del hábitat. Arboleya “descubre” la ecología humana, saludándola como desarrollo incuestionable de la vertiente empírica de la ciencia social. Con este giro, de paso, el halo trascendental se disuelve desde el primer párrafo, que reza así:

“La ciencia no ha alcanzado una definición incuestionable de la vida. Dos opiniones parecen ser las más generales y extendidas. De un lado, se considera que la vida es un proceso que ocurre en forma natural en ciertas organizaciones de materia. La vida se caracterizaría totalmente por la forma en que está organizada la materia viva y por los procesos que resultan de tal organización. Esta es la respuesta más extendida entre los biólogos modernos. De otro, se considera que la vida tiene lugar en organizaciones de materia y se manifiesta en procesos, pero la vida misma es algo adicional y diferente que no es proceso natural ni materia organizada y no puede ser aislado y examinado en sí mismo. Algunos biólogos, muchos filósofos y teólogos lo afirman. Para nuestro propósito nos limitaremos a dejar sin soluciones la cuestión y expondremos solo algunos de los caracteres de la vida en sus manifestaciones más destacadas” (Gómez Arboleya, 2008: 179).

El autor alcanza un grado de certeza y confortabilidad que se advierte en los nuevos nombres de referencia a los que cita (McIver, Gillin, Ogburn, Nimkoff, Lundberg, Klineberg, Schelsky, König, Duverger, además del mencionado Hawley) y que se vuelca hacia el estudio de tres planos fundamentales de la realidad social: familia, ciudad, organización tecnoburocrática. Por desgracia, el programa no llegó a ser desarrollado de manera conveniente, aunque sí avanzado en múltiples incursiones.

Entre estas últimas, quisiera reproducir una que me parece muy representativa de la postrera orientación intelectual de Arboleya. Me refiero al siguiente pasaje:

“La ecología humana estudia la forma y el desarrollo de la comunidad en la población humana. Pero el hombre es capaz de un grado extraordinario de flexibilidad y refinamiento en su conducta gracias a la cultura y la técnica. La conducta humana en toda su complejidad no es más que una manifestación del potencial tremendo que es inherente a la vida orgánica en su proceso de ajustamiento. La estructura de la comunidad desde el punto de vista ecológico es la organización de actividades mediante la cual una población puede subsistir. Estas actividades tienen una distribución espacial que ahorra tiempo y energía. La ecología es el estudio de la economía vital de la comunidad. Ahora bien, la pluralidad de investigaciones particulares realizada últimamente indica cuatro respectos fundamentales que tiene que tener en cuenta todo teórico e investigador: 1) Las formas diversas de interacción humana dan lugar a una comunidad vital. 2) Esta comunidad vital tiene un carácter específico porque cultura y técnica constituyen los medios básicos de ajustamiento del hombre

al medio. 3) Cabe considerar esta comunidad vital en sus propiedades más generales, mediante conceptos ecológicos muy afines a los de la ecología vegetal y animal. 4) Pero una consideración más detallada de estos conceptos generales tiene que completarse con un estudio de las formas históricas que ha adoptado la comunidad vital humana” (Gómez Arboleya, 2008: 229).

Como se ve, el autor estaba trazándose a sí mismo un fecundo plan de renovación teórica y metodológica que con toda seguridad le hubiera conducido a una superación de las antinomias con las que vino debatiéndose durante su existencia.

Su decisión de quitarse la vida en la pausa navideña de 1959 truncó para siempre este giro solamente esbozado. A partir de entonces, la síntesis entre teoría e investigación por vía del refuerzo de los factores ecológicos y estructurales hay que reconstruirla, dentro de la sociología española, en la obra de lo que yo denomino “generación de 1959” (es decir, la fecha simbólica de arranque de la modernización socioeconómica de la España de Franco), formada por seguidores directos o indirectos de Arboleya como, entre otros, Salustiano del Campo, José Jiménez Blanco, Salvador Giner, José Castillo, Luis González Seara, Juan Díez Nicolás y Amando de Miguel.